PORTUGAL: DE LA INCOMPRENSIÓN AL HECHIZO

Miguel Mora

«Portugal es un país que está siempre cambiando hacia lo mismo, tiene una gran capacidad de adaptación a lo que pasa en el mundo; es un pueblo que sigue con mucha atención todo lo que ocurre fuera. Y en este momento está más atento que nunca a lo que sucede en España».

Estas palabras son de Eduardo Lourenço, el gran ensayista portugués, quizá el pensador que mejor ha comprendido, desde su atalaya de «expatriado por decisión propia» (se marchó de la Portugal salazarista en 1949 y todavía no ha vuelto), lo que llamó en un célebre libro, *El laberinto de la saudade*, la esencia melancólica y cosmopolita a un tiempo del pueblo de Pessoa y Eça de Queiroz.

Desde Francia, Lourenço mira ahora hacia la Península y ve lo que nunca vio antes: un territorio tranquilo y poco problemático; dos vecinos «que quizá por primera vez en la historia no se dan problemas entre sí ni constituyen un problema para los demás países»; «dos pueblos con una misma noción política que miran hacia Europa, que saben que su marginación siempre ha conducido a la historia europea menos exitosa y que consideran que la automarginación es cosa pasada, del siglo XIX»; «dos países que encaran las cosas de frente y las tratan hablando».

«Portugal sabe que su vecino tiene ahora un gran orden financiero y que ha superado traumas ancestrales comunes a los suyos; y en nuestra convivencia eso es toda una novedad. España está comportándose como una gran potencia y entrando en el futuro, y Portugal no quiere excluirse de ese futuro, porque es un país siempre ávido de novedades intelectuales y técnicas, y porque sabe que todavía no tiene la misma capacidad para producirlas. Quizá por eso vivimos una especie de vaga emulación, soñando con una cooperación sin reticencias [...]».

Lourenço señala que el «rol ibérico» siempre ha sido muy visible y considerable en Europa: «Todo el mundo lo ha sabido siempre, salvo Napoleón que lo menospreció y por eso mismo fue derrotado». Y, contra ese tópico ultratópico que asegura que España y Portugal siempre han vivido de espaldas, explica que ha sido la fascinación de un lado y de otro el principio psicológico que ha marcado las relaciones. «Lo que pasa es que Portugal siempre sintió la necesidad de marcar su lugar frente a un vecino muy poderoso; e incluso cuando el vecino estaba dormido, la gente sabía que eso no podía durar».

Ese rechazo histórico que recuerda a un pasado informe, frío y gobernado por la desconfianza, los uniformes, las guerras y los refranes campesinos («De España, ni buenos vientos ni buenos casamientos»), ha ido dando paso, a medida que el ruido de los sables, los cañones y las revoluciones se iba apagando, a un mundo gobernado por la lógica liberal del mercado, la Europa de los fondos de cohesión y el euro y el globo parabólico de las telecomunicaciones.

«En ese nuevo mundo también los grandes se imponen, eso es real pero no es ningún drama, sobre todo porque está muy atenuado: Europa, sin existir del todo como actor político global, sí existe como intermediario de nuestros intercambios, de manera que estamos protegidos los unos por los otros», subraya Eduardo Lourenço.

España y Portugal llegaron al mismo tiempo, ahora hace veinte años, al generoso paraguas de la UE. Desde ese momento, las relaciones entre los dos países, demo-

cráticos al fin, comenzaron una nueva era. Se fueron dejando atrás los sentimientos autárquicos y los nacionalismos exacerbados, y el comercio empezó a cambiar las cosas (comenzando por el quizá trivial pero antes desde luego inexistente hecho de que las etiquetas de muchísimos productos se empezaron a escribir en español y portugués).

Hoy, Portugal es el principal consumidor de bienes españoles y el vendedor mejor colocado en el mercado español. El turismo fluye abundante en los dos sentidos, miles de trabajadores lusos cruzan la raya cada día para buscarse la vida al otro lado, otros muchos pasan incluso a hacer la compra en busca de mejores precios, los ejecutivos vuelan apretados en ambos sentidos con las cuatro compañías aéreas que unen a los dos países, el AVE Lisboa-Madrid está también en marcha finalmente, las sociedades empresariales crecen año a año, la presencia de compañías que compiten en el feudo de al lado es también cada día mayor, nacen asociaciones regionales conjuntas para captar nuevos fondos europeos, los gobiernos emprenden proyectos bilaterales en todos los órdenes (científicos y educativos, sobre todo, a raíz de las sugerencias de la Agenda de Lisboa), aumenta el interés en los dos países por aprender la lengua del vecino...

Sin negar la existencia de voces que siguen predicando el proteccionismo o alertando contra una presunta dominación hispana de la economía lusa (claro que también hay heterodoxos tan escépticos con su país, como el escritor Pedro Rosa Mendes, que afirman entre bromas y veras que se dejarían «invadir por España tan ricamente»), lo cierto es que las relaciones interpeninsulares son hoy de una variedad y una curiosidad mutua sin precedentes, aunque, como dice Lourenço, Portugal parece más atento a lo que ocurre en España que al revés.

Eso parece ser especialmente verdad en el caso de la cultura. Sin olvidar la devoción que escritores contemporáneos como José Saramago o Antonio Lobo Antunes y cineastas como Manoel de Oliveira suscitan en España, en esos campos el empuje cosmopolita de las elites intelectuales y los medios portugueses es difícilmente superable.

El mejor ejemplo es quizá el interés y el espacio que, en los últimos meses, las editoriales y los siempre activos periódicos portugueses (totalmente imposible encontrarlos en los quioscos de España, por cierto) han dedicado al cuarto centenario de la publicación del *Quijote*. El caso más sintomático fue seguramente el del diario *Público*, que llegó a lanzar un suplemento escrito íntegramente en español (¿se imagina alguien lo viceversa?), pero todos los demás se volcaron con similar entusiasmo. Además, hispanistas como María Fernanda de Abreu organizaron un congreso en Lisboa que propició felices encuentros entre los cervantistas de los dos lados (memorable conferencia de Claudio Guillén en la Universidad de Lisboa, tanto como el caluroso recibimiento que le dedicó la comunidad hispanófila, especialmente la parte femenina).

Pero en calor y en entusiasmo pocos ganan al ilustre Carlos Veiga, editor de Teorema. Humanista de largo aliento, verdadera mina de recuerdos y anécdotas, lector muy largo y largamente enamorado de la literatura en español, Veiga mantiene viva la llama de la novela en castellano en Portugal con un catálogo que, partiendo de Borges y Cortázar, ha ido incorporando con una puntualidad y un fervor encomiables los nombres de mayor talento que han ido surgiendo. Hoy, sigue tan atento y preciso como siempre, y la mejor prueba es lo último que ha publicado: Enrique Vila-Matas, Marcos Giralt Torrente y el flamante premio Alfaguara, el joven peruano Santiago Roncagliolo.

La dedicación y el amor a la cultura española de Veiga son quizá la mejor expresión de las inmensas posibilidades de cooperación y entendimiento que Portugal y España han tenido y tienen por delante. El hechizo está ahí desde hace siglos, listo para ser explotado sin más condiciones que la curiosidad. Los más de mil alumnos que estudian ahora mismo en el Instituto Español de Lisboa, el colegio fundado en 1931 por Giner de los Ríos donde hoy imparten clases poetas tan lusófilos como Ángel Campos Pámpano, marcarán, seguro, el futuro de esa relación. ■

Miguel Mora es corresponsal en Lisboa del periódico español *El País*.